

LA FRONTERA AGRICOLA DE COSTA RICA Y SU RELACION CON EL PROBLEMA AGRARIO EN ZONAS INDIGENAS

*María E. Bozzoli de Wille **

El presente trabajo consiste en una reelaboración de ideas ya publicadas en otra oportunidad (M.E. Bozzoli de Wille, 1974: 411-418). Esta nueva presentación obedece a la necesidad de aclarar y documentar más ampliamente los conceptos allí expresados. También obedece a que consideramos que esos conceptos son de utilidad en este Seminario sobre Asuntos Indígenas.

Por "Frontera Agrícola" se entiende ese fenómeno que ocurrió en Costa Rica desde los primeros tiempos coloniales, pero que se intensificó a partir de la segunda mitad del siglo pasado. Consistió en la presencia de grupos pequeños de población en zonas de bosques tropicales, que varían sus características según la altitud, cantidad de lluvias y otros factores. Esos pequeños grupos abrían los bosques a su alrededor, es decir, hacían "abras". Cuando la población aumentaba, y cuando los terrenos "se agotaban", es decir perdían su fertilidad, entonces se talaba el bosque que rodeaba los núcleos de población. Así se fue ocupando en fincas el centro del país, que fue una zona denominada "MESETA CENTRAL". Este nombre no corresponde a una realidad geográfica, pues no hay meseta sino valles, pero sí corresponde a una realidad histórica -cultural con características muy propias. Más allá de la "Meseta Central" Costa Rica estaba cubierta de bosques y con escasa población. Esas periferias se consideraban zonas de futura expansión, o sea de apertura especialmente para los quehaceres agrícolas y ganaderos. Donde terminaban los poblados y las fincas seguía "la frontera agrícola", que se extendía hasta las fronteras políticas con Panamá y Nicaragua, o hasta los dos océanos. No es sino en las últimas tres décadas que la frontera agrícola tocó esos límites.

El fenómeno de expansión ha tenido sus efectos en dos tipos de población que se han enfrentado por ese motivo: la migración de los

* Escuela de Ciencias del Hombre, Universidad de Costa Rica.

excedentes de población de los valles centrales conforma uno de los tipos. El otro es la población indígena y la mestiza arraigada en las periferias de Costa Rica, zonas costeras o montañosas alejadas del Centro. Estas notas se refieren al encuentro de esas dos poblaciones.

En el pasado ha existido en el costarricense un mapa mental de Costa Rica como país despoblado. Como “pasado” debemos tener en cuenta el tiempo que perduró hasta recientemente, por lo menos hasta la década de 1950–1960. Es decir, este mapa mental lo hemos compartido incluso los adultos actuales. Ese mapa mental incluía terrenos baldíos, extensas montañas, tierras de reserva, en cualquier dirección hacia los mares o hacia los límites nacionales. Se basaba 1) en que Costa Rica tuvo hasta la primera parte de la década 1960–1970, menos de 31 habitantes por Km² (la densidad estimada según el censo de población de 1963, era de 26 habitantes por Km²; según el cálculo de población al 1 de enero de 1968, era ya de 32 habitantes por Km²). (Dirección General de Estadísticas y Censos 1966, 1968); 2) en que estaba bien cubierta de bosques hasta mediados del presente siglo (En 1963 aún era 54.1% del total del área nacional; en 1973 era 45%; véase Pérez y Raabe, 1975: 1–3, 3) en que la mayor parte de la población ha sido rural y dispersa. Aún en el censo de 1973 el porcentaje de población rural es más de la mitad, o sea 59.39% (Dirección General de Estadística y Censos p.409). En tales hechos se ha basado el mapa mental. Los hechos que el mapa de Costa Rica como país despoblado desconoce son las condiciones de los suelos en el territorio, y las necesidades de su población campesina que practica la agricultura de tala y quema, es decir, la agricultura de roza. Porque si esas condiciones (edafológicas) y esas necesidades (de la agricultura de roza) se toman en cuenta, entonces veremos que Costa Rica no ha estado tan despoblada como parecía.

Se pueden distinguir en Costa Rica dos clases de empresa agrícola ganadera: una es comercial, gran empresa, produce la exportación, es latifundista. La otra es la pequeña empresa de los agricultores independientes, no urbanizados, tradicionales, campesinos; produce para el autoconsumo, y para el consumo nacional principalmente. Esta última, la de los agricultores pequeños, independientes y tradicionalistas, la vamos a dividir en dos tipos: uno es el que se desarrolla en la “Meseta Central”, con fuerte componente europeo, con expansión (emigración) periódica hacia la periferia. El otro tipo, más disperso, localizado hacia las costas y fronteras, es indígena o es mestizo, es menos numeroso, es más estable dentro de su respectiva zona. Cuando los dos tipos se encuentran, en cualquier parte del país, dan lugar a fenómenos semejantes: por ejemplo, el emigrante de la “Meseta Central” cree que los indios y/o mestizos locales tienen exceso de tierra, o cree que no tienen derecho a ella, cree que son vagabundos, perezosos, atrasados, sin deseo de progresar; el habitante local huye de la gente nueva, retirándose “más adentro”. Los recién llegados

establecen núcleos con mayor número de características urbanas, y promueven los caminos de penetración.

La expansión desde el Valle Central tiene estas características: En el Centro el patrón de asentamiento consiste en pequeñas fincas; después de unas décadas de asentamiento, en algunas partes los terrenos pierden la fertilidad; la finca entonces es provechosa únicamente si es grande. Los pequeños propietarios venden sus parcelas a 1) propietarios con capacidad para invertir en el mejoramiento de suelos, 2) a los que reciben beneficios, por ejemplo, créditos por productos de exportación (Facio, 1972: 44, 72); 3) a los que invierten en ganado lechero; 4) a personas con algunos otros factores a favor para convertirse en terratenientes. Para los agricultores cuya tierra había perdido la fertilidad, y para los hijos de agricultores que no heredaban terrenos, siempre había una zona de montaña en el horizonte, el bosque primario. Las "abras" precedían a los caminos. Los trillos se iban ampliando posteriormente, se mejoraban en forma gradual o se soportaban en sus pésimas condiciones. La falta de caminos, y evitar aislarse excesivamente, han sido las barreras que detenían la expansión. No ha sido la falta de terrenos, pues éstos siempre se consideraban abundantes.

Para ilustrar la expansión, nos vamos a referir a la zona sur: En el siglo pasado los agricultores se fueron desplazando de Desamparados hacia Acosta, hacia Dota y Tarrazú; por Escazú y Villa Colón hacia Tabarcia y Puriscal. En este siglo ya esos lugares no tenían tan buenas tierras, porque en sus laderas se había aplicado el fuego cada año, y porque las lluvias torrenciales y el sol candente actuaron sobre los suelos desprotegidos. El cultivo de café protege de varias maneras: una por la capa de follaje que dan los cafetos y los árboles de sombra, otra por ser cultivo más permanente, que no exige frecuentes quemas; en tercer lugar por la mayor atención a los suelos que una cosecha comercial requiere. Esa misma necesidad de inversión en la cosecha, más otras presiones de parte de los terratenientes y del sistema económico, hacen que los agricultores pequeños vayan cediendo sus parcelas, que la propiedad se vaya concentrando en pocos dueños, y que, quien no desee permanecer como peón de hacienda, se aleje para hacer una nueva finca.

En la periferia sur del Valle Central, entre 1920 y 1940, había una población lista para la expansión, sin embargo, casi cualquier rumbo que tomara era equivalente a un completo aislamiento de la capital o las ciudades centrales. Ya de todas maneras los caminos que comunicaban a Acosta, Puriscal, Dota y Tarrazú, con San José y Cartago, eran completamente pésimos. Antes de 1945, en época de lluvias (es decir, la mayor parte del año), desde San Marcos, San Pablo o Santa María, se podía tardar todo un día, y parte del otro, para llegar a San José. A menudo los barriales eran tan grandes, que obstaculizaban el paso por varios días. Cuando la Carretera Interamericana se terminó

hasta San Isidro de El General, a fines de 1945, hecho que permitió la colonización masiva de Pérez Zeledón en los años siguientes, las gentes que se apresuraron a abandonar la periferia de “la Meseta Central”, aún tenían que esperar la estación seca para trasladarse con menos dificultades hacia Pérez Zeledón. Ya con la promesa de una futura carretera este cantón había empezado a sentir el peso de la inmigración desde 1936, pero de 1945 a 1950 hubo una avalancha de gente. Esos colonos se sentían muy felices: había terrenos baldíos o los compraban muy baratos. Todos tenían bosque primario o viejos bosques secundarios para voltear por varios años seguidos; y contaban con tierra fresca cada vez que un abra debiera ser puesta en barbecho (es decir, dejar que creciera el rastrojo y el tacotal para devolverle su fertilidad). La carretera también permitió una bonanza económica, por la venta de la madera de esos bosques. En otras partes de Costa Rica ni siquiera este aprovechamiento de la madera fue posible, por la falta de caminos. En 1964, Pérez Zeledón estaba produciendo mayor cantidad de granos y otras cosechas que cualquier otra zona de tamaño equivalente en Costa Rica (sobre datos relativos a la colonización y vida agrícola de Pérez Zeledón, véase Bozzoli de Wille, 1972; Isabel Wing Ching y Bozzoli de Wille, 1972; y Sandner, 1962).

Tal y como lo podía prever quien conozca el ciclo de la agricultura de roza en el trópico lluvioso, la bonanza y el optimismo del agricultor generaleño, claros y obvios desde los cuarentas hasta los setentas, ya había disminuido en los setentas. Como también era predecible, una vez más, el exceso de población rural agrícola, fue buscando hacia el Sur, hacia la Costa del Pacífico por Aguirre y Parrita, hacia Buenos Aires y hacia Coto Brus.

Los que estaban en Pérez Zeledón fueron bastante unánimes en manifestar en 1972, que los terrenos ya no servían. En los 1940–1950 no preveían que eso le podía pasar a esas tierras.

La carretera Interamericana ya se había abierto hasta Panamá desde 1960 y era claro que el exceso de población rural desde San José hasta Pérez Zeledón ya se había internado hasta ser atajado por el límite con Panamá. De Buenos Aires hacia el Sur la población descendiente del tipo “Meseta Central”, se encontró con la población costera de Guanacaste y de Puntarenas, que venía expulsada principalmente por el incremento de la actividad ganadera. En las décadas de 1960 a 1970 la carne de res se convirtió en el producto de comercio interno y de exportación por excelencia, con consecuencias nada favorables para el país (por ejemplo: la ganadería extensiva deforesta y ocupa mucho terreno; el terreno es de menor número de dueños, no emplea mano de obra; la carne se pone cara y no la consumen las clases populares; se reduce la producción de granos básicos; el alto beneficio de la exportación recae solamente en un 10% del total de productores; hay otros perjuicios, que han sido documentados en Spielman, 1972). Eso ha acelerado la transformación de los terrenos agotados en potreros

de explotación extensiva; también ha transformado en potreros los terrenos aún fértiles para la agricultura, y los terrenos que deben ser dedicados a usos forestales y otras vocaciones. Con mejores caminos y con la intensificación de la ganadería extensiva, ha sobrevenido mayor deforestación, acaparamiento y concentración de la tierra en menos propietarios, y quizá la primera noción de que ya no hay tierras disponibles para hacer nuevas fincas. Sin embargo, bastantes personas aún ponen sus ojos en las verticales paredes de la parte alta de la cordillera de Talamanca, y suponen que esa es tierra apta para colonizar, según el patrón tradicional de colonización. Este patrón es: destrucción completa del bosque, seguida de producción comercial de granos y alimentos para el consumo propio; luego vienen los potreros, finalmente, mirando hacia atrás al destino de Puriscal, por donde habíamos empezado a seguir la expansión, quizá quedarán grandes espacios de tierra colorada; o como en Acosta, breñones sin fertilidad; queda también la posibilidad para rehabilitar los terrenos en proyectos agrícolas de mayor escala comercial (café, caña, tabaco, etc.); pero ya aquí hemos pasado a la otra clase de agricultura de que hablamos al principio; no son los agricultores pequeños y tradicionales los que tienen el control sobre esas cosechas, sino las compañías más industrializadas que utilizan esos productos (tabacaleras, ingenios, beneficiadores, exportadores).

Este patrón hasta recientemente ha determinado ciertos movimientos de población predecibles: Mientras existan los bosques, el exceso de población rural se retira hacia una faja donde se encuentra el límite entre la selva virgen y las áreas de fincas ya hechas. Generalmente, es el campesino menos urbanizado, el más acostumbrado a vivir volteando, el que se va "más adentro", y vende la finca anterior que apenas ha terminado de hacer, o son sus hijos los que se van hacia adentro. En las zonas donde se han encontrado "indios" y "blancos", es el indio el que generalmente se interna en la montaña a hacer su finca más lejos, en ciertas zonas, pues, una variedad de campesinado, el más remoto, hace el trabajo de talar la montaña y abrir los terrenos; le siguen los campesinos más urbanizados; o los ganaderos con el pasto. Esta distinción entre los dos sectores de campesinos es reconocida por la misma gente en la región sureste del país.

Otra alternativa en el desplazamiento es la siguiente: en las zonas donde ya la tierra se ha vendido completamente, o los terrenos ya no sirven, el exceso de población, que ya no tiene bosque para voltear, se tiene que convertir en peones, o debe emigrar a centros urbanos vecinos, o al centro del país, para buscar trabajo.

Con el cierre de la frontera agrícola, sea por el aumento de población, sea por el destino de la tierra a las grandes empresas (ALCOA, ICE, plantaciones de compañías, etc.), sea por la expansión ganadera, se reduce el número de agricultores tradicionales independientes, y aumenta el de precaristas urbanos y rurales, el de jornaleros, el de

empleados urbanos, el de residentes pobres en los barrios marginales; también sobreviene la escasez de productos alimenticios tradicionales (granos, como frijoles y maíz, hortalizas, verduras, frutas), porque estos productos han sido propios de las fincas pequeñas de agricultores independientes. Solo un cambio en la economía nacional puede alterar ese resultado, por ejemplo, que conduzca a mejores empleos en áreas rurales y urbanas o que redistribuya la tierra.

Creemos que fue una noción o idea que disponíamos de terrenos sin límites, la que acomodó el sistema de agricultura extensiva (bien documentado por Sandner, 1962). Esa misma noción de la tierra ilimitada apoya la ganadería extensiva, que a su vez ha expulsado del campo al agricultor extensivo (el que practica la agricultura de roza). Esa misma noción, que se ha oído en expresiones tan frecuentes como: la tierra sobra, hay terrenos para todos, lo que se necesita es gente que quiera botar montaña, etc., esa noción, pues prevalece para impedir que se promueva la ganadería intensiva. En la creencia popular, la carestía de granos básicos se atribuye a que la gente no quiere sembrarlos, pero la realidad es que la ganadería extensiva ocupa las tierras que pueden servir para ellos.

La noción de la tierra ilimitada, suficiente para todos, está basada en la escasa población de Costa Rica, en la presencia de bosques por doquier, en la creencia de que cualquier terreno con bosque sirve para la agricultura que si los árboles crecieron, otras plantas pueden crecer indefinidamente, y en la creencia de que el bosque mismo no tiene utilidad si permanece como bosque. En el pasado la población no acumuló experiencia con el agotamiento de suelos y descuidó su conservación, porque una población escasa no llega a tener la oportunidad de ver que existe un punto más allá del cual por la acción única de medios naturales, los suelos no se regeneran (por excesivo uso, quemas, desaparición del bosque alrededor, los suelos llegan a convertirse en sabana, helechal, tierreros o “peladeros”).

Cuando un bosque es talado y quemado la primera vez, su suelo produce excelente cosecha los primeros tres o cinco años. Cuando la producción empieza a disminuir, el agricultor pone a descansar ese terreno y hace otra abra. Cuando ésta empieza a esterilizarse, en la otra el rastrojo o tacotal ya se pueden quemar, y vuelve a producir bastante, pero no tanto como la primera vez. Cuanto mayor sea el número de años que un terreno se cultive, es mayor el número de años que se debe dejar en barbecho. Cuando la población es escasa, entonces hay más terrenos para todos, los campos se ponen en descanso más a menudo y se pueden dejar más tiempo. Los bosques secundarios crecen, el terreno se recupera. Cuando la población es numerosa, no hay terreno, el mismo lugar se siembra y se quema más de lo necesario, y llega al punto de que, aunque se le abandone, ya no se recupera. En algunos suelos esto ocurre más rápidamente que en otros.

Nuestra población, la campesina y la urbana, ha ignorado que el

suelo debajo de un bosque es fértil, precisamente porque tiene al bosque encima. Cuando el bosque cae, las condiciones para que la fertilidad continúe, desaparecen. En forma resumida, esto se puede explicar así: el bosque presenta una tupida capa de follaje que impide que los chaparrones peguen directamente al suelo. Debajo de la selva, cuando llueve, solo se filtran gotas, es el follaje el que recibe el impacto del agua, no hay lavaderos por lo tanto. Debajo del follaje es oscuro y más frío porque el sol tampoco penetra completamente. Se crea un microclima, que por oscuro y fresco permite la vida de hongos y microorganismos fertilizantes que no resisten la luz o el calor del sol. Del denso follaje caen constantemente hojas y animales muertos y madera podrida; todo esto es materia orgánica que está nutriendo el suelo. Las raíces de los árboles contribuyen a mantener el agua del subsuelo cerca de la superficie. Cuando los bosques ya no protegen, desaparecen los hongos, el humus es lavado por los chaparrones, con el calor aumenta la acción de unas bacterias que descomponen los materiales orgánicos en minerales solubles que entonces se lavan más fácilmente por la lluvia que cae en toda su fuerza. Las sustancias nutritivas, cuando no corren por encima, son llevadas a las profundidades, donde no las alcanzan las raíces de las plantas, en la superficie quedan óxidos insolubles de aluminio y de hierro. Así se crea un efecto de lavado y mineralización que produce un compuesto compacto y estéril, llamado laterita, sobre la laterita solo sobreviven algunos zacates (Meggers, Betty J., "ambiente y cultura en el área amazónica").

En cuanto a la actitud hacia los bosques, tampoco se han visto como esenciales contra la erosión, para el aire respirable o para mantener las aguas. En la legislación, los bosques se han catalogado como tierras incultas y castigados con impuestos. Cuando la legislación ha contenido algún artículo de protección (es el caso de no talar los árboles a las orillas de los cursos de aguas), ha sido violado con facilidad siempre y cuando se paguen las multas en la delegación cantonal local, las autoridades y el finquero actúan como si se hubiera pagado por un derecho. En zonas de incipiente colonización agrícola, la reputación de un hombre como buen trabajador sube en proporción al área que tala.

El indígena tiene otras actitudes hacia el bosque. Su modo de vida está ligado a la existencia de la montaña. Como no la tira al suelo con la rapidez del "blanco", se le califica de perezoso y vagabundo. Cuando se encuentran el indígena y el otro tipo de tico, entonces se perturba el mapa mental de la tierra des poblada.

Las tierras donde los indígenas viven, dado su patrón disperso, ocasionado por la agricultura de roza, se han tomado como vacías. No se ha tomado en cuenta que, tal y como estaban, el indígena las ocupaba. En su modo de vida necesita tanto de los cultivos, como del bosque, que es el que le da carne, materiales de vivienda, utensilios (cestería, bolsas, armas), fibras, miel, medicinas, comestibles, además del espacio para permitir descansos adecuados a los terrenos bajo

cultivo. El campesino que no es indígena también practica la agricultura de roza. Cuando compiten por tierra entre sí, los no indígenas siempre atribuyen al indígena un exceso de tierra con base en los bosques que ven en su posesión. Esto no solo se observa entre los campesinos no indígenas, sino también en las actitudes de gente urbana que trabaja en instituciones gubernamentales y que deben tomar decisiones con respecto a esas tierras.

El balance que el mestizo y el indígena de las zonas costeras y las alejadas de la “Meseta Central” ha alcanzado con la naturaleza, ha ocasionado diferentes patrones de actividad que el no-indígena interpreta como holgazanería. Los mismos prejuicios que se oyen en Buenos Aires y Coto Brus contra los indios, se oyen de los cartagos en Nicoya con respecto a los guanacastecos. Allí distinguen a estos como población “de la bajura”, y a aquellos como la población “de altura”, pues en Guanacaste la población originaria de los valles centrales busca de preferencia las partes más altas para establecerse. De los dos tipos de campesinado en Costa Rica, el de las costas y fronterizo, indígenas o mestizo, cuando recibe el impacto de la expansión del otro, debe soportar algún grado de discriminación y dominación. Este campesinado nativo de la periferia de Costa Rica perturba la noción preconcebida del habitante del Valle Central, de que en esas zonas toda la tierra está disponible. De tal noción pueden dar fe todos los proyectos de inmigración y colonización promovidos por el gobierno de Costa Rica, para poblar esas zonas (en el siglo pasado se intentó traer europeos de varias nacionalidades, algunos como los alemanes e italianos se arraigaron, también los cubanos en Nicoya, en el presente siglo se han propiciado italianos, norteamericanos (cuáqueros y menonitas) y gentes de otras nacionalidades), sin contar que como política nacional esas zonas se han considerado como la solución para la expansión campesina que ha impuesto en parte el mantener una economía agrícola de hacienda (latifundios privados) en el Valle Central.

Por otra parte, el indígena pierde su tierra fácilmente, no solo porque otros creen que tiene mucho, o que no le pertenece, sino porque también hasta recientemente, el mismo indígena ha creído que los terrenos son abundantes. Aún los adultos jóvenes tienen en su memoria tiempos apenas idos en que “había terrenos sin límites”, según su propia expresión. Hasta el momento el indígena ha creído que cuando él cede la tierra, por ejemplo, para alejarse de los nuevos vecinos que lo molestan, él siempre podrá conseguir en otra parte, o “más adentro”. Y esa misma idea de que hay tierra suficiente tampoco le ha ayudado a conocer su valor real cuando la vende o la cambia. El indígena costarricense, igual que el campesino no indígena, recién empezó a darse cuenta de que no hay terrenos sin límites.

Por lo menos dos niveles principales de la población costarricense han estado actuando como si la tierra fuera ilimitada o existiera en gran

cantidad. Uno de esos niveles es el dirigente; el otro es la población rural. Ya hemos mencionado que en los niveles gubernamentales se fomentaron numerosos proyectos de inmigración extranjera en el siglo pasado y en el presente (Yolanda Arguedas, 1973-1976). El plan que favorece la inmigración de jubilados extranjeros, aunque no es de colonización de áreas rurales, no contiene restricciones con respecto a las propiedades que se pueden adquirir en el país. También el nivel dirigente contó con la existencia de la frontera agrícola para evitar establecer una verdadera política de reforma agraria. Siempre las selvas se han mirado como la válvula para el exceso de población rural. Recién empezó un cambio de actitud en los 1970's. En noviembre de 1973, el "Diagnóstico de la Economía Nacional" (Oficina de Planificación: pág. 6 y siguiente) reconoce que no se puede ya contar más con "La frontera agrícola". En la legislación y en documentos oficiales se encuentra amplia evidencia de la falta de interés en la deforestación, las condiciones de los sueldos, y la presión sobre la tierra de una población que practica la agricultura de roza. Las actuales concesiones para proyectos turísticos, ganaderos, madereros, y de otra índole, en propiedades privadas y en reservas nacionales, evidencian la actitud hacia un bien considerado abundante. Quizá la clase media de Costa Rica constituya otro nivel en el cual bajo ciertas condiciones la tierra se mira como abundante. Actualmente esta clase ha estado muy activa en la venta de propiedades a extranjeros; parece existir la impresión de que al costarricense nunca le va a faltar la tierra.

Existe en la Antropología un marco teórico para enfocar una situación en la que los bienes se miran como si fueran escasos, como si existieran en cantidad limitada.

Se puede citar a George Foster (1965) y a una cantidad de autores que enriquecieron o combatieron el concepto de "visión de bienes limitados" que Foster propuso. Pero no sabemos que exista un marco teórico equivalente sobre una *visión global de bienes ilimitados*, que abarque el espectro de conductas dentro de las cuales queden comprendidas las que aquí hemos comentado sobre la manera de concebir la tierra en Costa Rica. Con respecto a bienes *particulares* vistos como ilimitados, sí se han mencionado casos (véase, por ejemplo, Kearney, 1969). Este comentario sobre la tierra en Costa Rica también es otro caso particular, o un ejemplo, tal como Foster sugería. En una de sus réplicas a una crítica, sugiere que existen ejemplos de bienes considerados como limitados (correcta o incorrectamente) en algunas sociedades, que, sin embargo, se miran como ilimitados en otras; cita como ejemplo el agua en sociedades de regadío (el agua es un bien visto como escaso, limitado), en contraste con las comunidades norteamericanas (donde el agua es vista como un bien abundante). (Foster, 1966).

La tierra es un bien clave para una sociedad. Así como entre los campesinos de Mesoamérica y del Mediterráneo, una visión de su escasez determina ciertas conductas, así también una visión de su

relativa abundancia se puede esperar que influya en los comportamientos de quienes, correcta o incorrectamente, han sostenido la imagen de la tierra inagotable.

REFERENCIAS

- Arguedas Fuentes, Yolanda 1973-1975 *Tesis en preparación sobre migraciones*. Escuela de Historia y Geografía. Universidad de Costa Rica.
- Bozzoli de Wille, M.E. 1972 Esbozo cultural de catorce localidades rurales. *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad de Costa Rica, No.6, 65-123.
- Bozzoli de Wille, M.E. 1974 Situación de una frontera agrícola y una frontera política: ticos, guaymíes e italianos en el cantón de Coto Brus. *América Indígena*, 34 (2): 381-418.
- Dirección General de Estadística y Censos 1966 *Censo de Población de 1963*. San José, Costa Rica.
- Dirección General de Estadística y Censos 1968 *Población total de la República de Costa Rica*, por provincias, cantones y distritos. Cálculo al 1 de enero de 1968. San José, Costa Rica.
- Dirección General de Estadística y Censos 1975 *Censo Agropecuario 1973*. Regiones agrícolas. San José, Costa Rica.
- Facio, Rodrigo 1972 *Estudio de economía costarricense*. Editorial Costa Rica, San José.
- Foster, George 1965 Peasant. Society and the Image of Limited Good. *American Anthropologist* 67 (2): 293-315.
- Foster, George 1966 Foster's Reply to Kaplan, Saler, and Bennett. *American Anthropologist* 68 (1): 210-214.
- Kearney, Michael 1969 An Exception to the Image of Limited Good. *American Anthropologist* 71 (5): 888-890.
- Meggers, Betty J. s.f. *Ambiente y cultura en el área Amazónica*. Curso de Antropología Aplicada. Instituto Indigenista Interamericano. México.
- Oficina de Planificación Nacional 1973 *Diagnóstico de la economía nacional*. Informe preliminar. San José
- Pérez, Samuel R. y Raabe, Carlos C. 1975 Determinación y definición de áreas prioritarias para conservación de bosques. San José. División de Planificación Regional y Urbana.
- Landner, Gerhard 1962 La colonización agrícola de Costa Rica. Instituto Geográfico de Costa Rica.
- Spielman, Hans O. 1972 La expansión ganadera en Costa Rica. Problemas de desarrollo agropecuario. *Informe semestral*. Julio a diciembre. Instituto Geográfico Nacional.
- Wing Ching, Isabel y Bozzoli de Wille, M.E. 1972 *Encuesta Sociológica de Pérez Zeledón*. Instituto de Fomento y Asesoría Municipal, San José Costa Rica.